

instrumental.

Reuníanse los niños, cada uno con sus cajas de soldaditos ya de infantería o caballería. Organizábanse dos ejércitos; y si la batalla se libraba en el patio de una casa, no faltaba ingenio para hacer de un tubo una cerbatana y emplear de proyectiles las semillas de un pimiento. Ganaba el ejército que provocaba más bajas. Los soldaditos caían indefensos. La habilidad y puntería eran virtud de los niños porque los soldaditos sólo hacían acto de presencia por mucho que pujera la imaginación infantil por defender la bravura de sus tropas.

Allí donde no estábamos al alcance de ojos y oídos paternos, estábamos polvorosamente cargados de cuereñas de juguete o fabricadas por nosotros mismos, y de municiones, perdigones de caza.

La batalla, entonces, era más cruenta porque un disparo volteaba a media docena de combatientes. Pero ¡ay!, nos daba pena. Los soldaditos no podían disparar. Combatíamos nosotros, los de los bandos opuestos. Distribuíamos los simbólicos combatientes en montículos de arena, tras una trinchera, simulando un accidentado campo de batalla.

¿Y después? Desilusión. Soldaditos a tus cajas! Hace años que no vemos en jugueterías soldaditos de plomo. Los hubo de fabricación nacional, ya modernos. Parece que los niños de hoy no se han aficionado al juego de la guerra con soldaditos de plomo. Más realistas, advirtieron de más eficacia el revólver, porque si no son los soldaditos quienes pelean es mejor dejarlos guardados en sus cajas, allí en las jugueterías.

TALAVERA

últimas noticias

Director Responsable:
Fernando Díaz Palma.
Subdirector:
Julio Abarzúa Abarca.
Jefe de Informaciones:
Luis Candia Candia.
Jefe de Redacción:
Luis Sánchez Latorre.
Jefe de Crónica:
Hugo Nettle Maluenda

Corresponsales en París, Madrid, Roma, Zurich, Caracas, Ciudad de México.

Servicios Cablegráficos: AP, Reuter-Latin, France Press.

Impresora Editora:
"El Mercurio" S.A.P.

Discusiones

Beca Tortuosa

Se ha celebrado en septiembre último, en Buenos Aires, la Exposición denominada "150 años de Pintura Chilena", organizada por el Museo de Bellas Artes de Santiago que dirige el señor Nemesio Antúnez.

En las notas biográficas del Catálogo, leo con sorpresa la siguiente referencia con respecto al suscrito: "Hernán Gazmuri, becado por el Gobierno chileno, se perfeccionó en París con André Lhote"... etc.

Esto es cualquier cosa menos un error, porque le entregué yo mismo al señor Antúnez, personalmente, los datos biográficos que me solicitó. Se los entregué dos veces, pues la primera dijo haberseles extraviado. Mal síntoma.

No he sido becado por el Gobierno. Nunca he recibido ayuda oficial de ninguna especie. Por el contrario, he sido excluido, postergado y rebajado, incluso despojado de mi cátedra (1934) y privado de toda posibilidad de desenvolvimiento.

No he sido grato a los equipos oficialistas que detentan el poder. Los motivos de tal aversión resultaría interesante de investigar. Por de pronto, los equipos tienen su propia psicología. Ortega tiene un recio libro sobre el imperio de las masas. En otro ángulo psicológico, el sabio Freud creó la ciencia de los llamados complejos, expresiones del subsuelo inconfesable, patológico.

El señor Antúnez pretende regalarme el uniforme de su equipo. Bien conoce cuanto vale esa túnica que me ofrece como la peor de las expiaciones. Algo así como la túnica de Neso (de necio estoy a punto de escribir). Aquí debería terminar estas



Hernán Gazmuri

líneas, para no abusar de la atención. Pero sería indispensable una breve extensión, un breve relato, en beneficio de la arqueología y de la claridad. Son ínfimas crónicas, misceláneas olvidadas, con patina de medio siglo, que el señor Antúnez no debe desconocer pese al efebo que parece inclinado a representar. Se trata de la primera expropiación, precursora de las que hoy practican las filiales surgidas junto a las brochas y tarros "muralistas". Es preciso remontar a 1928 la exhumación.

La Academia de Bellas Artes fue clausurada y el Presupuesto global de la docencia convertido en becas. Sin calificación de ninguna especie fueron repartidas cariñosamente entre afines, para luego autodestinarsse, estratégicamente, en diversas ciudades europeas, con rango de sultanes o de duques en sus respectivos ducados. París fue el más afectado. La fantasía agotada vuelve a la realidad en forma desconcertante. Hubo algunos agraciados que, explicablemente aterrados, pidieron su pasaje de vuelta, el retorno apresurado del Sena al Mapocho. El reparto fue tan pródigo que se sobrepasó. Fue

un "caso de conciencia" que debió ser imitado, pero como el regalo era completamente optativo el resto decidió permanecer y sacrificarse sometido a riguroso régimen de estudios... Todo un acto catalizador.

Ahora bien, el destino, por su parte, tiene su sorna consabida. Quiso éste que, con breve anterioridad, el suscrito, siendo todavía un muchacho, 1928, emprendiera viaje de estudios con sus propios y escasos recursos económicos. Un viaje fuera de serie.

Permanecí algunos años en el Taller de André Lhote, en París.

Nada tengo pues de común con la agraciada delegación turística oficial.

De todos modos, doy gracias al señor Antúnez por la beca gubernamental que me asigna en las notas biográficas falsificadas. Me gustaría usarla realmente para tratar de revivir aquella lejana y auténtica biografía, entrañable como la de tantos otros, atados y confundidos en el vértigo de la ciudad.

El Taller de Lhote es ahora distinto. Del maestro desaparecido queda el noble recuerdo y la resonancia viva y creciente en las generaciones que acudieron allí, rue d'Odessa, no "a perfeccionarse" como dice la nota cursi del señor Antúnez, sino a tomar conciencia y revelación de la Pintura y de los principios del Arte Moderno.

Por fin, el mismo Catálogo de la Exposición de Buenos Aires reproduce uno de mis cuadros, gesto que agradezco profundamente a mis colegas argentinos, como agradezco igualmente juicios amables de la crítica en diversas publicaciones. Repito mis agradecimientos al buen trato.

Diario de Cacania

(Hasta las últimas consecuencias)

Aquellos que son consecuentes suelen ir hasta las últimas consecuencias: su conducta está de acuerdo con los principios que dicen sostener.

Defenderé mis votos —se afirma— hasta las últimas consecuencias. Aunque, luego, no ocurra nada.

Llegar, para un soldado, a esa meta significa la posibilidad de perecer en el campo de batalla. Si no fuera así, ¿para

qué ir hasta las últimas consecuencias?

Si se trata de extremistas —de ésos que practican su religión enarbolando sendos vasos de whisky—, estaremos, sin duda, frente a las últimas consecuencias... de una botella de Chivas Regal.

En Cacania todos aseguran que irán hasta las últimas consecuencias.

Pero, ¿qué hay después de ellas?

Géminis